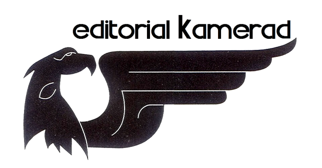
¡Viviremos!





¡Viviremos!

2014 - 2015

Índice

Prefacio

Soy blanco, pero yo simplemente no me conformo con eso. Yo quiero tener hijos y que mis hijos también tengan la posibilidad de tener los suyos, que hereden mi sangre y mi cultura, así como yo supe heredarlas de los que me precedieron, y también quiero que otros blancos se vean hinchados en ese mismo sentimiento de orgullo por lo que es nuestro. Yo quiero ver unidos a los pueblos blancos porque ya estoy cansado de que vivan en una eterna pelea de hermanos sin sentido. Yo quiero paz entre nosotros, quiero entendimiento, quiero, en definitiva, que podamos en el futuro seguir embelleciendo el mundo con nuestra música, con nuestra poesía, con nuestras obras de ingeniería, con esa genialidad que tanto nos destaca del resto. Pero si no somos capaces de defendernos, si dejamos mansamente que nos quiten esa identidad por la que muchos como nosotros trabajamos y amamos, entonces vamos a perder todo.

Hoy más que nunca tenemos que resistir y mantener en alto esos valores blancos que nos hicieron grandes, tenemos que ir en contra de la corriente de pensamiento moderno y salir a la defensa de nuestra raza blanca. Por eso yo los animo a mantenerse firmes conmigo y a luchar. Tenemos que arremeter juntos y no bajar nuestros brazos.

Porque así al final viviremos.

30 de octubre de 2015

Los hombres olímpicos griegos contra el deporte moderno

"En los Juegos Olímpicos no se corona a los más hermosos
ni a los más fuertes, sino a los que compiten.
También en la vida, los que actúan rectamente
son quienes alcanzan el premio."
(Aristóteles, filósofo griego)

El deporte moderno está trenzado en un conflicto irreconciliable con los hombres. Romper *records* a toda costa. Vender entradas. Llenar estadios. Para el mundo actual todo es una cuestión de números. Y esos mismos números son los que permitieron que el deporte pasara de ser una actividad para enaltecer al cuerpo y al espíritu a convertirse en una insana empresa comercial.

La finalidad del deporte ciertamente no debería ser esa. No es el entretenimiento, ni mucho menos el negocio. El deporte debería buscar objetivos más altos, más nobles, debería alejarse del materialismo que lo sofoca y volcarse de lleno en el verdadero propósito de su existencia: *la formación de hombres*. Sólo así podrá elevarse triunfante y recuperar el lugar civilizador que le corresponde.

Lamentablemente hoy en día es muy común que existan más espectadores que deportistas, y la respuesta a esto se resume en que nos inducen a creer que es más satisfactorio apreciar un evento deportivo desde la tribuna de un estadio o frente a la pantalla de un televisor que practicarlo.

En el mundo moderno hay muchos hombres sedentarios y es curioso como algunos de estos flojos suelen asegurar descaradamente, por más que nunca se ejerciten, que les gusta el deporte. Para ser justos con la realidad sería deseable, por lo menos para establecer un punto de partida, que todos ellos inicialmente reconocieran la diferencia entre mirar un deporte y ejecutarlo, dos cosas totalmente distintas. La maquinaria industrial deportiva, sin embargo, no reconoce estas reflexiones, simplemente las ignora con prácticas desviacionistas mientras nos intenta vender a sus falsos ídolos a la fuerza. Todo ya se volvió un negocio, las cosas hay que decirlas como son, pero no siempre fue así. Tiempos pasados, indudablemente, vieron mejores hombres, con una visión del mundo diferente, con cuerpos hermosos y atléticos, y esos hombres eran los griegos.

Para los griegos el deporte era parte de su educación, ya desde pequeños. Porque para ellos los hombres fuertes era hombres sanos y menos propensos a enfermarse. Porque buscaban a través del deporte moldear hombres disciplinados, dispuestos a pelear por su suelo y por su cultura. Hombres enérgicos que aseguraran asimismo una descendencia enérgica. Hombres, en definitiva, en el verdadero sentido de su significado.

Todos estos ideales tomaron forma con el deporte, la religión y el arte, que en su conjunto le dieron vida a las olimpiadas. No eran las únicas competencias en su tipo, pero sí son las únicas que los hombres modernos intentaron imitar. Pero no pudieron, no estaban a su altura.

Si pudiéramos interrogarlos, los hombres olímpicos griegos seguramente estarían en contra del deporte moderno, lo repudiarían. Porque esos no son sus valores, porque tenían una visión del mundo distinta, y eso se nota enseguida si se conoce un poco su historia. Y si se critica al deporte moderno es porque se lo compara con el de los griegos, y eso es lo que se intentará reflejar en los siguientes párrafos, para dejar en evidencia los hechos y para que éstos hablen por sí solos.

Remitiéndonos a lo que ya se dijo, el deporte griego formaba hombres. Todos ellos estaban dispuestos de la misma forma a regar con su sudor o con su sangre el suelo en el que nacieron. Trabajo y entrega, así eran los griegos.

Pero no todo era tan idílico, la realidad siempre es más cruda y lamentablemente no todo era perfecto para los griegos, que a veces eran más propensos a la sangre que al sudor. Vivían los griegos en épocas violentas, de intensas diferencias políticas, y sus ciudades constantemente se encontraban en pujas territoriales. Sin embargo, pese a los conflictos internos que pudieron llegar a tener, todos los griegos tenían tres puntos en común: la raza, la religión y el idioma. Todos eran europeos, todos creían en los mismos dioses y todos hablaban la misma lengua y se entendían, aunque opinaran distinto. Fue esto lo que los animó a celebrar las olimpiadas y a dejar de lado, aunque sea por un tiempo, sus diferencias, pues durante las competiciones todas las ciudades griegas se sometían a velar por la paz y a suspender sus incursiones militares. Tenían también las olimpiadas un carácter religioso y eran dedicadas a Zeus, el padre de todos sus dioses. Templos y ofrendas marcaban además la espiritualidad griega y su creencia en seres superiores, ante los cuales inclinar sus cabezas orgullosas; y justo en este punto nos encontramos con dos de las contradicciones más marcadas respecto de las olimpiadas modernas.

Primeramente lo que salta a la vista es el tema racial. Los juegos griegos estaban sujetos a conceptos nacionalistas y hereditarios marcadamente europeos. Los modernos, por el contrario, los reniegan. Así tenemos hoy en día, por ejemplo, atletas negros representando a países blancos en las olimpiadas. O selecciones de fútbol francesas o inglesas que prácticamente se confunden con selecciones africanas. La internacionalización invadió al deporte moderno y se empeño en inyectarle exclusivamente su virus multicultural a los países blancos. Porque siempre es contra los blancos. No hay representantes africanos en países asiáticos, ni representantes asiáticos en países africanos. Esta misma internacionalización se apropió de la tradición europea, la deformó y la infiltró de elementos ajenos para destruir su más íntima esencia. Promovió individuos de otras razas en su detrimento. Socavó las bases deportivas griegas. En otras palabras, insultó su historia.

Seguidamente los juegos modernos perdieron su espiritualidad. Sus dioses ya no están en los templos, sino en los bancos, y la publicidad es su nueva mitología. Y si el internacionalismo rompió el esquema racial de los europeos, el ateísmo los vació por dentro; y lo que empezó como una competencia de hombres compartiendo la misma sangre, los mismos dioses y el mismo idioma, terminó por convertirse en un rejunte mundial y frívolo de deportistas sin nada más en común que el mismo gusto por un deporte.

También podríamos nombrar algunas particularidades llevadas a cabo por los griegos en sus competencias y trazar su paralelismo con las de hoy en día. Por ejemplo, es sabido que los griegos participaban de los juegos desnudos, y eso para ellos era lo más normal del mundo. Fuera de la ridícula indignación burguesa por el desnudismo y fuera de la morbosidad enfermiza de los liberales, los griegos veían belleza en la desnudez de los cuerpos jóvenes y ejercitados. En esa desnudez rivalizaban y en esa desnudez se presentaban como iguales, sin ropa ni distintivos sociales, pues allí no había ricos ni pobres, sino únicamente hombres libres. Por el contrario, los deportistas contemporáneos, vestidos con sus ropas de marca y adornados con sus contratos multimillonarios ya dejaron de ser libres, y pasaron de ser hombres para convertirse en productos del *marketing* y de la moda.

Fue una suerte que los griegos no conocieran esas cosas. Para los vencedores olímpicos de la antigüedad el premio era una simple corona de olivo, representando el honor y la gloria. Porque cuando un ganador después de los juegos retornaba a su pueblo, era recibido como un héroe por toda la comunidad. Ese era el motivo de sus duros entrenamientos. Los poetas recitaban poemas para inmortalizar sus hazañas y algunos escultores hasta les dedicaban una estatua en su nombre. Por eso, para los deportistas griegos, el reconocimiento social y popular era lo más importante, no así los beneficios materiales, porque la mayoría de ellos eran trabajadores y tenían su oficio con el que podían mantenerse. Practicaban deportes, pero a su vez también mantenían una responsabilidad con sus países, trabajando en lo suyo y sirviendo a su comunidad. Sin embargo hubo algunas excepciones a la regla, como los atenienses, que les otorgaban a sus campeones recompensas materiales. Para ilustrar el alcance de estos premios podríamos decir, por ejemplo, que eran equivalentes a unas quinientas ovejas, una cantidad nada despreciable para la época.

Hoy las recompensas atenienses serían insuficientes para los deportistas profesionales, y no habrían ovejas que alcancen para comparar con los salarios tan exagerados que cobran, incluso miles de veces superiores a los de cualquier trabajador calificado. Para ver los números concretos de tales excesos se despliega a continuación un listado elaborado por la revista francesa *France Footbal* de los diez deportistas con los mejores sueldos de este año (2014) Todos los sueldos se expresan en euros y, curiosamente, el porcentaje de deportistas *no-blancos* alcanza el 50 % del conjunto:

1. El golfista estadounidense Tiger Woods: 53 millones de euros anuales.

2. El tenista suizo Roger Federer: 51,5 millones de euros anuales.

3. El basquetbolista estadounidense Kobe Bryant, de Los Angeles Lakers: 46,4 millones de euros anuales.

4. El basquetbolista estadounidense LeBron James, del Miami Heat: 44 millones de euros anuales.

5. El futbolista argentino Lionel Messi, del Barcelona: 41 millones de euros anuales.

6. El futbolista portugués Cristiano Ronaldo, del Real Madrid: 39,5 millones de euros anuales.

7. El golfista estadounidense Phil Mickelson: 35 millones de euros anuales.

8. El boxeador estadounidense Floyd Mayweather Jr.: 30 millones de euros anuales.

9. El futbolista brasileño Neymar, del Barcelona: 29 millones de euros anuales.

10. El jugador de fútbol americano estadounidense Tony Romo, de los Dallas Cowboys: 28,5 millones de euros por año.

Realmente es penoso saber que mientras esos sueldos siguen engordando, los de los trabajadores apenas alcanzan para llegar a fin de mes, y eso sin contar los millones

de desempleados que ni siquiera tienen la oportunidad de poner algo en sus mesas. Pero penoso también es ver la complicidad de la dirigencia política, que de dirigente no tiene nada. Porque pudiendo encauzar a la juventud por caminos más productivos, elige mirar para otro lado y seguirle el juego a las multinacionales del entretenimiento. Hoy todos por ejemplo quieren ser futbolistas, porque saben que el fútbol les va a asegurar una buena vida. Porque así lo vende la prensa y así lo predica hasta el cansancio. Todo vale para mantener sus intereses comerciales, y no importa siquiera si se inventan una y mil mentiras con tal de que el deporte sea percibido como un mero trampolín a la fama.

¡Capitalismo puro y duro!

¡Capitalismo que nosotros terminantemente rechazamos!

Porque nuestra concepción del deporte no es insípida ni materialista.

Porque nuestras raíces son más profundas y nuestras metas son más altas.

8 de julio de 2014

¡Vos no estás solo, hermano!

"Tu amor y camaradería pertenece a todo el que está contigo en las filas, sea cual sea su nivel."
(Hans Sponholz)

Tiempos difíciles corren para vos. Ya no hay democracia en el mundo que te avale, ni leyes que te protejan. Te fueron señalando, te criticaron, los que se proclamaban tolerantes te segregaron. Te llamaron loco, te calumniaron, dijeron que tus posturas eran de tiempos caducos, casi inhumanos. Insultaron tu inteligencia, te miraron casi con soberbia. A esos mismos muchas veces quisiste convencerlos y les tendiste la mano, pero terminaste apretando tu puño, impotente. Ciertamente tu elección no fue fácil y los que creíste tuyos te maldijeron y te rechazaron. Algunos ya se habían vendido por una bolsa de monedas, los otros simplemente resultaron ser unos insensatos.

Poco a poco te fuiste acostumbrando a regañar en las sombras, te quedaste cada vez más solo, masticando las amargas consecuencias de esa noble quijotada. Te cuestionaste tus principios, te preguntaste si valía la pena seguir luchando por nada, pero seguiste firme, tan firme como pudiste.

Porque vos amás inmensamente a los tuyos, porque tu credo reside en tu sangre, en la cultura milenaria que supiste heredar. Y eso para vos no es motivo ni de angustia ni de sometimiento, sino más bien de un profundo orgullo que te da el derecho de defenderlo, y que nadie en este mundo puede arrebatarte.

Sin embargo, y a pesar de tus arrojos, hay días en que tu fe inquebrantable se desvanece y que tu vigor macizo se desploma. Sentís que tus reclamos se ahogan, que nadie los escucha, que estás huérfano en la lucha, desesperando, porque tu defensiva no es fácil, realmente nunca lo fue, ni pretendió serlo tampoco.

Pero no pierdas las esperanzas, que tu corazón hidalgo no se marchite, que no se encoja, porque resistiendo en el camino también hay otros como vos, que como soldados anónimos sin nombre se lanzan convencidos y embisten. Son los que están a tu lado, por más que nunca los hayas visto, combatiendo con las armas de la razón a un mundo que les da la espalda. Son tus iguales, son tus camaradas, a los que estás unido por el mismo ideal revolucionario por lazos que son invisibles al ojo, pero no al espíritu que les da forma. Todos ellos te obligan a continuar tu marcha y a levantar tu frente altiva, todos ellos te sostienen, todos ellos te empujan. Y todos ellos te alientan con su voz inquebrantable y decidida: "*¡No te des por vencido todavía! ¡Vos no estás solo, hermano!*"

2 de agosto de 2014

De burgueses, rojos y nazis

"La grave crisis social no puede ser superada con una reorganización de las sociedades humanas, sino con una nueva ordenación de todo el pueblo y un retorno del hombre a una vida propia que restablezca el ritmo natural de las comunidades humanas para el cumplimiento de su misión."
(Fritz Mang)

Hoy en día es muy común que muchos de los que dicen arrojarse en la defensa de la raza blanca y sus derechos hablen holgadamente sobre cuestiones de raza, política, filosofía o incluso de ciertos hechos históricos más o menos relevantes. Pueden arrojar datos y pueden tirar también uno y mil argumentos válidos y pueden discutir acaloradamente durante horas sobre cualquiera de estos temas, pero hay uno en especial al que, consciente o inconscientemente, siempre le amagan, y ese es *la cuestión obrera*.

Palabras tales como *burgueses* y *proletarios* no tienen cabida en sus discursos, y pareciera que les huyeran como el diablo al agua bendita, quizás pensando que al pronunciarlas puedan tildarlos de *rojos* reaccionarios o bolcheviques. Simplemente prefieren no hablar de eso y esconderlo debajo de una alfombra como si no existiese, dejando abierta tras estas omisiones una grieta insalvable entre su doctrina y la masa, y dejándole abonado y libre el terreno a la izquierda alborotadora para que siga dividiendo a los hombres en dos bandos irreconciliables.

Se sabe que las masas obreras son las más vulnerables ante la crisis liberal-capitalista moderna, y es a ellas a quienes tienen que acercarse los nuevos partidos nacionalistas europeos que quieran emprender un cambio radical y ofrecer otras soluciones a las que nos viene imponiendo la vieja y gastada democracia occidental. Porque mediante el número se toman las calles, se conquista el respeto y se ganan las elecciones, y porque a partir de allí es posible trazar nuevas direcciones que tiendan a unir a los empresarios y a los trabajadores en una sana comunidad social. Pero antes hay que vencer los prejuicios y hablar sobre estos temas. Hay que arrebatarle la hegemonía del discurso obrero a la izquierda, simplemente porque no le pertenece. Si no queremos decir *burgueses*, digamos *expoliadores*, si no queremos decir *proletarios*, entonces digamos *trabajadores*, de todas formas el significado termina siendo el mismo. Sin embargo - y esta es una opinión personal - sí creo que deberíamos reemplazar el término *lucha de clases* por uno más apropiado: *ordenación justa de la vida*, porque efectivamente con un orden social de este tipo podremos hacerle frente al internacionalismo apátrida e impersonal que nos aplasta.

Tras el derrumbe espiritual europeo al término de la Segunda Guerra Mundial, y durante los últimos sesenta y nueve años, *los enemigos del mundo* tuvieron el tiempo y los recursos materiales suficientes para perfeccionar sus prácticas abusivas y dar a luz a ese capitalismo omnipotente y omnipresente que abraza a las naciones y a las razas, monopolizando todo a su paso, transformando casi la totalidad de las empresas en la propiedad de unos pocos, y en beneficio de esos pocos, y no, como realmente debería ser, en comunidades de trabajo, con jerarquías y responsabilidades, de acuerdo a las distintas capacidades individuales, pero con fines más nobles. Este capitalismo mundialista, verdaderamente, se convirtió en una de las peores enfermedades de nuestros días, en nuestro peor enemigo, y nos sigue amenazando con expandirse si no hacemos nada al respecto, si no somos capaces de ver nuevas soluciones.

¿Y el pequeño empresario? ¿No será él el redentor de la economía nacional?

Muchos piensan así y se hacen estas preguntas, creyendo que una *burguesía* pudiente puede cambiar en algo las cosas y competir frente a frente contra los grandes grupos multinacionales. Pero enseguida aparece la primera inconsistencia, ya que este empresariado, llamémoslo *familiar*, carece inicialmente de conciencia de clase, y poco le importan los obreros que tenga a su cargo, él también quiere ganar y llevarse sus dividendos, incluso si tiene que explotarlos. Tal es así, que resistiéndose a soltar sus beneficios, o incluso a quebrar y a ser devorado por el capitalismo internacional, él sólo se limitará a sobrevivir bajo su sombra tratando de sacar su tajada, con consecuencias igualmente dañinas, aunque en menor escala. Así definido, ese pequeño empresario es, en resumidas cuentas, un *pequeño capitalista* y por eso también debería ser considerado un enemigo de la clase trabajadora. De esa forma, la iniciativa personal, que es la referente de toda sana economía, gobernada por un pensamiento absolutista y distorsionado, le impide a la *burguesía* actual ofrecer definitivamente una alternativa económica clara y sana.

¿Y la lucha de clases? ¿Será el marxismo la respuesta?

Otros, mientras tanto, juegan a ser revolucionarios y se preguntan esto mientras agitan las banderas *rojas* como si de un partido de fútbol se tratase, gritando a los cuatro vientos las locas teorías de aquel judío ricachón, que ya en el siglo XX, hablaba tanto del trabajo y que nunca en su vida trabajó. Si bien la *dictadura del proletariado* suena muy bien como teoría, resultó ser todo lo contrario en la práctica. *Capitalismo estatal* es lo que se encuentra bajo el disfraz del discurso marxista. Estatal es la propiedad de las empresas nacionales, estatal es la dirección de las mismas, estatal es el patrón y los trabajadores son sus proletarios. No existe nada más anti-social como el socialismo marxista. La victoria de la lucha de clases solamente cambia de manos la correa de la esclavitud, y por lo tanto no es lo que nosotros buscamos.

Si queremos encontrar soluciones más concretas a nuestros problemas sociales nos convendría hacer un repaso histórico de los fascismos europeos del siglo pasado, pues fueron ellos los que llevaron a la práctica las ideas renovadoras que le devolvieron al trabajador el honor y el sustento que les habían sido negados y arrebatados. De todas estas corrientes políticas hay que reconocer - sin desmerecer a las demás, por supuesto - que fue el nacionalsocialismo alemán el que llevó las riendas en la lucha obrera y en el reconocimiento de sus derechos, pese a que la propaganda de hoy día diga, injustamente, que estos *nazis* solo dedicaban su tiempo a gasear, quemar y matar de hambre a los pobres judíos. Sobre este último punto no voy a detenerme, ya muchos revisionistas se encargaron de desmentirlo y aclararlo hasta el hartazgo, pero sí voy a recordar que el nacionalsocialismo tuvo sus orígenes y echó sus primeras raíces en el corazón de la masa trabajadora, y que, ciertamente, no la defraudó al llegar al poder.

Funcionó antes y puede funcionar ahora, ¿por qué no?

¿Nacionalsocialismo? ¿En el siglo XXI?

Sí, porque ni el desenfreno individualista del capitalismo ni la manía teórica de la clase única del marxismo nos dieron una respuesta. Porque si estudiamos la historia de los *nazis* nos vamos a dar cuenta de que ellos no negaban la existencia de las distintas clases sociales, pero sí se oponían al hecho de que entre ellas haya diferencias abismales, o, por el contrario, se oponían también al hecho de pasar el rasero de la igualdad sin mediar ni considerar esfuerzos ni aptitudes. Respetaron las leyes naturales, establecieron las bases para la supervivencia nuestra raza y elevaron nuestro espíritu para que inclinemos nuestras cabezas ante dioses más grandes que el dinero, porque para los *nazis* lo más importante en la economía era el hombre.

Fortalecieron a la clase media, reorganizaron la duración de las jornadas laborales, regularon el trabajo infantil, las vacaciones, los seguros médicos y las jubilaciones entre tantas otras cosas. Las tareas llevadas a cabo por la organización del Frente Alemán del Trabajo, o los programas de Fin de Jornada y de Fuerza por la Alegría, son ejemplos claros de la política alemana de aquellos años. Se pacificó la relación entre empleadores y empleados, se promovió tanto el trabajo manual como el intelectual, se formó a los trabajadores, se los capacitó, se mejoró su ambiente laboral y se elevaron los frutos de sus esfuerzos. Se disminuyó el desempleo (cabe recordar a este respecto que en cuatro años y tres meses el gobierno hitleriano redujo el número de desocupados de 6,5 millones a menos de 1 millón, 776.000 para ser más precisos), se ganó la confianza en los puestos de trabajo, se mejoró la producción, tanto en cantidad como en calidad, y una larga lista de etcéteras que no cabrían en este espacio. Y esta es la tercera vía que quiero destacar. No todo tiene que ser derecha o izquierda, capitalismo o marxismo. Tampoco es estrictamente necesario copiar rigurosamente el esquema alemán, pero sí podríamos tomarlo como punto de partida para un nuevo modelo económico que nos saque de esta crisis aparentemente insalvable.

Hoy más que nunca el obrero tiene que ser signo de nuestra lucha, porque nosotros también somos trabajadores, y porque también nosotros mismos estamos expuestos a la explotación de las plutocracias que nos quieren ver vencidos y arrodillados.

Tenemos una tarea inmensa ante nuestros ojos y tenemos que declararle la guerra a este estado de cosas. Nosotros ya estamos hartos y decimos basta. Y tenemos que asumir el compromiso de la lucha, aunque nos persigan o nos rebajen.

17 de septiembre de 2014

Contra el marxismo étnico de la superioridad de los hombres nórdicos sobre los demás hombres blancos

"Forjar a Europa un día como comunidad vital duradera,
partiendo de esta contienda decisiva por su existencia,
es el cometido histórico que a nosotros, los jóvenes,
nos compete en los decenios próximos."
(Dr. Hans Bähr)

Tristeza siento al saber que todavía hoy se puedan escuchar afirmaciones a favor de la supremacía nórdica y el consecuente desprecio a sus demás congéneres de raza blanca, como si de una competencia se tratase, a ver quién de todos es más claro, o como si el pelo rubio y los ojos azules dotaran a los hombres de poderes especiales. Se miden los cráneos, se estudian los rostros, se comparan las alturas, se escriben artículos, se inventan clasificaciones y se buscan armar árboles genealógicos interminables pretendiendo remontarse a épocas prehistóricas inalcanzables, para terminar llegando a conclusiones inciertas y dañinas. No niego que existan diferencias sutiles entre los distintos pueblos europeos, seguramente debidas a las influencias de las distintas regiones a las que tuvieron que adaptarse, a tal efecto recordemos, por ejemplo, que la geografía del continente europeo no es homogénea y no es lo mismo vivir en las nieves eternas del norte que en los bosques, las montañas o los lindes costeros más al sur. A través de las generaciones los entornos fueron dejando sus marcas y sus sutiles diferencias, tan sutiles que no nos impiden vernos a todos como igualmente miembros de la numerosa familia conocida con el nombre de *raza blanca*. Por eso siempre fui un convencido de que la *nordimanía* aleja de nuestras filas a elementos valiosos, que los confunde y hasta que los acompleja, quizás por no coincidir plenamente con un modelo estético idealizado. Igualmente no creo que en su interior los supremacistas tengan malas intenciones, pero sí creo que deberían bajar del pedestal novelesco al súper-hombre que intentan vendernos y atender las cuestiones más urgentes que nos atañen a la mayoría de los hombres comunes.

Sembrar discordia entre hermanos no es constructivo, y mucho menos en estos tiempos modernos. Alentar la superioridad de los hombres nórdicos sobre los demás hombres blancos es alentar al marxismo, un marxismo que en este caso no es clasista, sino étnico. Contra ese marxismo yo me opongo firmemente porque a la larga deriva en una eterna lucha sin sentido que nos conduce indefectiblemente a un estado de constante resentimiento que nos aleja y que nos divide.

Todos los pueblos europeos, en la medida de sus posibilidades y a través de distintos periodos históricos, demostraron la genialidad que nos caracteriza como raza: los griegos, los romanos, los españoles, los portugueses, los británicos, los franceses, los alemanes y una larga lista de etcéteras. Distintas circunstancias elevaron a unos y ensombrecieron a otros, pero siempre, gracias a esos unos y a esos otros, la cúspide de la civilización mundial siempre se mantuvo en nuestro territorio, siempre fue la raza blanca la que hizo florecer la cultura más refinada y la que se mantuvo a la vanguardia de la ciencia más avanzada. Y es justamente por eso que todos los blancos merecen el mismo respeto, sin preferencias ni tratos especiales.

Seguramente en este punto los defensores del supremacismo nórdico que estén leyendo estas líneas se aferren a los comentarios de algunas personalidades influyentes del nacionalsocialismo alemán del siglo pasado y los usen como caballito de batalla

para defender y justificar su tesis, y no los culpo. Pero están equivocados porque solamente ven la parcialidad del tema completo. Por eso me gustaría ir por partes: primero, seleccionando algunos de estos comentarios, y, segundo, exponiendo brevemente la nueva visión que deberíamos adoptar para sobrevivir como unidad racial en un mundo que sin sentimentalismos busca aniquilarnos.

Quisiera comenzar diciendo que el nacionalsocialismo fue y es sinónimo de grandeza política y también de grandeza espiritual, bajo el signo de este movimiento se buscó cultivar a los mejores hombres alemanes para enfrentar al materialismo sin alma que todo lo devoraba. Su punto doctrinal más sagrado era la pureza de la sangre, es decir, la raza. De este tema escribieron numerosos autores y todavía hoy se pueden encontrar innumerables reseñas, algunas de las cuales comparto a continuación:

Se le puede endilgar a Hitler, por ejemplo, un odio encarnado hacia los eslavos, ya desde su temprana juventud vienesa, solo por el hecho de haber dicho que: *"Repugnante me era el conglomerado de razas reunidas en la capital de la monarquía austríaca; repugnante esa promiscuidad de checos, polacos, húngaros, rutenos, serbios, croatas, etc., y, en medio de todos ellos, a manera de eterno bacilo disociador de la humanidad, el judío y siempre el judío."* (*Mi lucha*, Vol. I: Retrospección, 1924)

También se le puede asociar a la idea del nordicismo cuando dijo que: *"Significa una bendición el que gracias a esa incompleta promiscuidad poseamos todavía en nuestro organismo nacional germano grandes reservas del elemento nórdico germano, de sangre incontaminada, las que podemos considerar como el tesoro más valioso de nuestro futuro."* O cuando unos párrafos más delante continúo diciendo: *"Quien hable de una misión del pueblo alemán en este mundo, debe saber que esa misión sólo puede consistir en la formación de un Estado que ve, como su mayor finalidad, la conservación y el progreso de los elementos raciales que se mantuvieron puros en el seno de nuestro pueblo y en la humanidad entera."* (*Mi lucha*, Vol. II: El movimiento nacionalsocialista, 1925)

Se podría decir también que Darré fue más lejos cuando afirmó que: *"De las nuevas investigaciones científicas sobre el hombre nórdico, detentor histórico de la moralidad alemana, podemos sacar la simple conclusión de que la sangre nórdica debe ser conservada en Alemania: de donde nace nuestro derecho a designar al hombre nórdico como tipo de selección para el pueblo alemán."* (*La raza, nueva nobleza de sangre y suelo*, 1930)

O que Günther solo tenía planes para los elementos alemanes puramente nórdicos cuando dijo que: *"El movimiento nórdico quiere la gran salud del cuerpo y del alma, y para conseguirlo se sirve de la selección como ejemplo hereditario, y de la cultura corporal y espiritual como imagen tangible. El movimiento nórdico pone como ejemplo a sus miembros, al hombre nórdico sano, trabajador, dirigente. Es necesario que haya alguna cosa que hacer para suscitar el deseo de realizarlo. Una tensión de la realidad actual hacia la imagen aún no fija en el tiempo no basta para inflamar una vida activa. Es precisamente el movimiento nórdico - que encuentra la alegría helénica del héroe del cuerpo alegre, alegría que es propia del alma nórdica - el que debe crear un espíritu que se exprese por ejercicios y también por cuidados corporales. Exige un tipo ideal, corporal-anímico, para la selección en el pueblo alemán, que valga la pena de ser alcanzado. El hombre nórdico hereditario sano podría ser considerado como el ejemplo de selección exigido por la idea nórdica para los alemanes."* (*La idea nórdica entre los alemanes*)

Estas citas existen, no son inventadas, pero ello no significa de ningún modo que el

gobierno nacionalsocialista dejara de lado a los elementos alemanes que no cumplieran con el estereotipo nórdico. Porque no todos los alemanes son *rubios y de ojos azules*. Groß ya lo aclaró unos años más tarde cuando dijo que: *"Después de todo, nosotros, los mismos alemanes, mirados etnológicamente, somos una mezcla. La demanda nacionalsocialista es solo de que el derecho de la sangre y las leyes de biología deberían ser mejor observadas en el futuro."* (*Pensamiento racial nacionalsocialista*, 1938), poniendo así de relieve la evolución positiva que fue tomando el nacionalsocialismo entre sus años de lucha y la toma definitiva del poder. No fue sino hasta el transcurso de la Segunda Guerra Mundial que esta evolución se dejó entrever, y donde los nacionalsocialistas ya fueron tomando una postura netamente paneuropeista, levemente más alejada de la rígida obsesión pangermanista de sus inicios.

Hitler, sin ir más lejos, cuando habló de la cuestión racial alemana no hizo tanto hincapié en temas antropológicos y científicos, sino más bien en temas más prácticos como el deporte, la salubridad, la sífilis (tan problemática en esa época), el matrimonio, los hijos y la vida familiar. También habló sobre las consecuencias negativas del mestizaje con otras razas no blancas y sobre la esterilización de personas con enfermedades graves hereditables, alentándolas, por ejemplo, a adoptar niños blancos.

Hitler, Hess, Goebbels, Himmler, Göring, Darré y una larga lista de altos mandos alemanes, incluso no eran nórdicos. Y de todos ellos hay un caso notable: Goebbels. Su estatura era menuda y era levemente cojo, debido a que a los cuatro años de edad sufrió una osteomielitis que le atrofió la pantorrilla derecha, debiendo usar zapatos ortopédicos de por vida. Pero eso no le impidió servir magníficamente a su pueblo.

Hoy ya no importa si alguien es nórdico, mediterráneo, alpino, eslavo o lo que sea, lo definitivo es que sea blanco y que actúe consecuentemente como blanco. Nosotros no necesitamos mejorar nuestra raza ni buscar purezas sanguíneas novelescas, debemos sí preservarnos como unidad racial y cultural, porque *si entre nosotros peleamos nos devoran los de afuera*. Hoy somos minoría y estamos siendo invadidos por una inmigración no blanca descontrolada bajo las alas protectoras de la *democracia* y el *humanitarismo*. La lucha europea ahora no es entre los españoles y los portugueses o entre los franceses y los ingleses contra los alemanes, nuestra lucha ahora ya no es la de defender los intereses de un país o de otro, ni mucho menos la de defender fronteras, sino que nosotros ahora luchamos por nuestra supervivencia como raza. Todos los hombres blancos compartimos una sangre y una cultura común, independientemente del lugar en el que nos haya tocado vivir, y asimismo también deberíamos compartir la defensa común de esa sangre y esa cultura, como un bloque macizo, único. Porque si un pueblo blanco muere, tarde o temprano morirán los otros. Si esto llegara a pasar, si ninguno de estos pueblos quedase en pie, toda la cultura milenaria de nuestro mundo, lo que nosotros llamamos civilización, se perdería para siempre en el lodo de la barbarie.

Por eso hay que adaptarse a los nuevos tiempos que corren y adoptar nuevas estrategias de supervivencia, no podemos seguir pensando como las sociedades europeas del siglo pasado, hoy las cosas cambiaron. Hoy solamente nos quedan dos opciones: o luchamos y vivimos juntos, o bien nos abandonamos y morimos cada uno por nuestro lado.

4 de octubre de 2014

Por un movimiento universitario social y obrero

"La ley define a las pasantías universitarias como una extensión orgánica del sistema educativo en empresas u organismos públicos. Pero demasiadas veces terminan siendo meras pantallas para ocultar el trabajo flexibilizado. O para disfrazar una preciada fuente de ingresos para las universidades que venden a módico precio la fuerza de trabajo recién capacitada de sus alumnos."

Todas las crisis las pagamos siempre los trabajadores, y estos locos tiempos modernos no discriminan a ninguno: no solo los obreros, sino también ahora los profesionales, caen en la misma bolsa de la explotación, del desempleo y de la desesperación.

Tiempos pasados fueron mejores, quizás, y los estudiantes universitarios que antes recibían su título y ya tenían gran parte de su vida solucionada ya casi no existen, y cuando abandonan los libros se chocan de frente con una realidad que los demuele. Para los que ya trabajan mientras estudian la realidad después de titularse no deja de ser menos dura, pero por lo menos tienen la experiencia de conocer de antemano todo lo que les espera.

Pareciera que en las universidades fuese un tema de conversación prohibido, pero en las aulas prácticamente no se habla de la cruda realidad laboral, ni de los bajos salarios, ni del desempleo. Todo se resume al ámbito puramente académico de teoría, ejercicios, exámenes y recuperatorios, en un mecanismo que se repite año tras año hasta completar el programa de estudios.

Por mi parte no quisiera entrar en debate, por lo menos por ahora, sobre las diferencias que separan universidades públicas y privadas, pero sí creo conveniente subrayar mis preferencias por las primeras dados sus nobles comienzos de buscar educar al pueblo trabajador y de menos recursos. Pero como pasa siempre, lo que empezó como algo ilustre se fue desgastando y deformando con el tiempo, y esas universidades inicialmente conquistadas por las clases trabajadoras terminaron rindiéndose ante las influencias de agentes externos que les dieron un perfil más gris y siniestro. Porque la administración universitaria fue arrastrada por la mano de la corrupción política y por sus manejos sucios, independientemente de las banderas partidarias, hacia el no muy transparente terreno de los capitales privados. Se puso así de forma progresiva a las universidades públicas, que son un bien de todos, al servicio exclusivo de los grandes grupos económicos, para que sigan expandiendo y copando nuevas áreas para seguir precarizando y negreando a sus trabajadores. Y así los fondos que son de todos terminaron usándose para beneficiar a unos pocos. Por medio de *convenios* de dudosa moralidad las grandes empresas se fueron metiendo de a poco en las universidades y fueron ejerciendo su nefasta influencia para lograr sus objetivos de conseguir a corto plazo mano de obra joven y barata. Muchas veces, incluso, las universidades públicas terminan absorbiendo los costos de capacitación inherentes a las necesidades de estas empresas, y el gasto privado, como ya se dijo, lo terminamos pagando todos.

Se ríen de nosotros, nos usan, nos descartan. Ya de por sí los estudiantes que trabajan en cualquier empresa son esclavizados en las famosas *pasantías universitarias*, se les recortan sus derechos laborales y se les niega el ingreso a planta permanente bajo excusas tan gastadas como que *"todavía son simples estudiantes"* o que *"todavía no tienen ningún título bajo el brazo."* Por desgracia, después de recibir el título las cosas en la empresa no cambian demasiado, ya que el mínimo pedido de una mejora salarial o de mejores condiciones siempre arroja la misma respuesta negativa de que *"hay que*

esperar un poco más, porque estamos en épocas de crisis."

Para los estudiantes o los titulados desempleados el panorama todavía es más difícil y conseguir un trabajo se vuelve tan arduo que en la mayoría de las veces incluso hasta *envidian* los puestos de aquellos que son explotados por el sistema capitalista. Y si hablamos de las búsquedas de trabajo, podemos decir que hoy en día resulta que hasta buscar trabajo ya es un trabajo, si se tienen en cuenta, por supuesto, las mil y una extravagancias que se les ocurren a los sectores de recursos humanos de las empresas y a las consultoras. Pedidos exagerados de experiencia, titulaciones, idiomas y edades... y todo por un sueldo y unas condiciones realmente miserables.

Durante las entrevistas de trabajo el trato de los entrevistadores es malo y sus métodos de selección mediante *tests* psicológicos pasados de moda, aunque todavía sigan insistiendo, ya no sirven para nada más que para perder el tiempo. Sin embargo, de pura necesidad, el candidato muchas veces se tiene que resignar a ir no una, sino dos, tres y hasta cuatro veces seguidas a continuar con ese manoseo sin obtener siquiera una respuesta que le diga si tuvo la *suerte* de quedar o no. Sin poner un pie en la oficina o en el taller de la empresa, el postulante pasa por muchos intermediarios, estudios psicológicos y hasta médicos, que se la pasan lucrando con su necesidad. Incluso a veces en estos procesos de selección los obligan a completar *cursos de capacitación* no remunerados que pueden durar varias semanas, y donde no les cubren los gastos ni de los viáticos ni de las comidas. Pero a veces ni tener conocimientos ni rebajarse sirve frente al desagradable nepotismo empresarial que reina en nuestros tiempos, y que se traduce en *acomodar* en los puestos vacantes a los familiares y amigos, sin importar si son idóneos o no, y darles preferencia frente a otros postulantes con mejores cualidades para el trabajo. Quedaron así el mérito y el esfuerzo relegados por padrinazgos y favoritismos, que al final, lamentablemente, terminan pesando más que cualquier título y experiencia. Termina la realidad de esta forma compartiendo una de sus tantas verdades amargas, enseñándonos, en definitiva, "*que es más importante tener conocidos que conocimientos."*

Sin embargo, así como rechazan a muchos postulantes, hay que decir también que otros quedan. Pero también hay que decir que así como no todo es color de rosas antes de entrar, tampoco lo es una vez que se está adentro. Porque en el caso de entrar a trabajar en alguna empresa se presenta el hecho de encontrarse generalmente sin apoyo sindical de ningún tipo, sin derecho a cobrar las horas extras o los aumentos correspondientes para pelearle a la inflación y sin poder decir nada ante los constantes maltratos por parte de los superiores, por temor a las sanciones o incluso al despido...

Mis denuncias no son pesimistas, ni mucho menos inventos. Se ajustan a la realidad e intentan ser lo más justas posibles con quienes queremos salir a ganar el pan con el sudor de nuestras frentes. Y por más que a algunos no les guste, la mayoría de las empresas actuales, grandes, medianas y chicas, nos explotan sin consideración. Por eso los estudiantes universitarios y los trabajadores tenemos que estar unidos, no podemos mirar indiferentes para otro lado, y esa debería ser la semilla para que germinen movimientos estudiantiles verdaderamente comprometidos, más enérgicos, más auténticos y más revolucionarios, que vengan de una vez por todas a darnos una solución definitiva. Hacen falta centros de estudiantes que empujen a la masa universitaria a sacarse el miedo a hablar de estos temas, a tener una mayor participación en los debates, a proponer nuevas ideas y a organizarse, en definitiva, para tener una representación amplia y visible en los talleres y en las oficinas, una organización que nos permita sentarnos a negociar de igual a igual con los empresarios, sin promover la

lucha de clases, pero sí en cambio un entendimiento igualitario y justo.

Hay que terminar con las viejas y gastadas agrupaciones universitarias que tanto daño nos hacen, que son los apéndices de los no menos viejos y gastados partidos políticos, y que responden pura y exclusivamente a sus intereses. Agrupaciones que son auténticas unidades básicas partidarias, financiadas y protegidas *desde arriba*, que se enquistan en las universidades, que ganan poder a través de elecciones fraudulentas y patoterismo y que finalmente terminan envueltos impunemente en negociados turbios y escándalos de corrupción junto a las autoridades universitarias de turno. De todos ellos, sin embargo, son los grupos de izquierda más radicales los que aparentemente parecen acercarse más a la problemática obrero-estudiantil, y aparentemente es su gesta la más noble y acertada, pero una vez más, las apariencias engañan, y se equivocan seriamente al tomar como base la teoría marxista de la *lucha de clases*, el *internacionalismo*, el *abortismo*, el *feminismo* y el *multiculturalismo*, que realmente escapan al ámbito universitario y se acercan, una vez más, al político, usando la universidad como una fachada para captar votos y militantes para las próximas elecciones.

Desde el ímpetu y la juventud de las aulas universitarias tenemos que acabar con todo esto. Tenemos que forjar nuevos hombres y nuevas mujeres porque tenemos un enorme compromiso en nuestras manos y porque nos oponemos fervientemente al abuso capitalista y al disfraz partidista que tanto nos desangran y nos mancillan.

¡Por un movimiento universitario nuevo!

¡Por un movimiento social y obrero!

14 de diciembre de 2014

Paganismo y cristianismo en la lucha actual por la supervivencia de la raza blanca

"Marchar sin fe no podemos, porque la fe es la que nos ha dado todo en nuestro empuje en la lucha."
(Corneliu Zelea Codreanu, legionario rumano)

Desde hace rato nos están separando y ni siquiera nos damos cuenta. Nos dividieron por todos lados, nos cortaron y nos arrojaron como perros de pelea para que nos matemos entre nosotros, padre contra hijo, madre contra hija y hermano contra hermano. Nosotros los blancos tenemos que salvar nuestras diferencias si queremos salvarnos como raza, no podemos seguir jugando con los separatismos, sean éstos de la naturaleza que sean, ni mucho menos entrar en debates inútiles sobre uno u otro tema. Esto siempre lo repito. Porque nos incitan, porque nos distraen, y porque no podemos, ni ahora ni nunca, permitir que se corten nuestros lazos por diferencias idiomáticas, geográficas, económicas u otras tantas como por ejemplo si el tono de la piel es más o menos blanca, o si el pelo es rubio, rojizo o castaño, o si los ojos son azules, verdes o marrones, o incluso por diferencias religiosas. Y precisamente sobre este último punto quisiera detenerme y dejar algunas reflexiones para intentar tender, al menos, un puente entre las dos corrientes de pensamiento que dentro del identitarismo blanco casi siempre chocan y se encuentran más en pugna: el paganismo y el cristianismo.

Primero que nada, e independientemente de la postura religiosa que se tenga, estoy seguro de que estudiar los relatos y las mitologías de las antiguas civilizaciones europeas es uno de los pilares fundamentales para nuestra formación cultural porque forman parte de nuestras raíces más primigenias. Griegos, romanos, escandinavos, todos se forjaron bajo la mirada de sus dioses, sus diosas, sus titanes, sus héroes y sus bestias, y no se puede negar que en su momento inspiraron a los hombres para edificar las bases de lo que somos ahora. Por esa misma fe los hombres de antaño levantaron templos y crearon obras de arte, libraron batallas y hasta llegaron a ofrecer sus vidas. Pero de ese paganismo se habla mucho más de lo que se sabe y algunos creen que porque vieron alguna serie de televisión o alguna película de vikingos tienen la autoridad y las herramientas suficientes como para opinar, discutir y atacar sin consideraciones a todo el que no quiera blandir como un loco un hacha en la diestra y una espada en la siniestra. Nada de eso es paganismo, eso es más un fetichismo estético que otra cosa, porque para entender al paganismo se lo tiene que investigar, y eso significa leer mucho y dedicarle tiempo, es así de simple. Y es acá en donde se encuentran más flojos los que actualmente se dicen paganos, porque pareciera ser que se empeñaran más en atacar a otros movimientos religiosos como el cristianismo que en comprometerse con el estudio de sus propios relatos. Recordemos también que el paganismo de antaño tampoco era color de rosas, y actualmente no estaría exento de críticas por sus prácticas de sacrificios de animales, o peor aún, de personas. De todas formas, y dejando de lado los ofrecimientos de sangre por obvias razones, los paganos actuales tienen todo su derecho de reavivar sus prácticas y sus cultos, e incluso modernizarlos, sin que nadie les diga nada, pero ¿por qué atacan al cristianismo?, ¿qué sentido tiene?, y menos aún si el cristianismo actual ni siquiera se encuentra interesado en responder a esos ataques.

Todos estos reproches, creo yo, vienen de la idea de que *hoy* el cristianismo no se identifica ni se complementa con la causa blanca, y en eso tienen razón. Pero no

siempre fue así, y eso es lo que quisiera aclararles a sus detractores. Personalmente como cristiano me veo en la obligación de separar lo que fueron las primeras etapas del cristianismo de lo que lamentablemente vino después: evangelizaciones forzadas, transas políticas, agendas multiculturales, buenismos absurdos, abusos sexuales y una larga lista de etcéteras que empañaron, y por qué no, malinterpretaron y cambiaron la verdadera fe cristiana por gustos y antojos más siniestros. Y en esa separación es donde surge una nueva interpretación del cristianismo, la que originalmente tenía y la que se puede leer en el Nuevo Testamento, y la que sí comulga y se hace una con nuestra raza y nuestra causa. Pero para entender esto primero hay que estudiar un poco la vida y obra del fundador del cristianismo y dejar de lado tres de las cuestiones que más se fueron manoseando en estos últimos siglos y que muy pocos se atreven a discutir: que era un judío de raza, que su palabra era universalista y que cargaba un mensaje netamente político.

Jesús no era judío, al menos no racialmente, y por más que en su juventud haya recibido las enseñanzas religiosas judías, eso tampoco lo convertía en judío. También hay otras dos razones para respaldar esas suposiciones. Una es que en esa época la separación geográfica de las distintas ciudades implicaba asimismo una separación racial, en este caso entre los galileos y los israelitas. Y la otra es más difícil de ver, pero enseguida salta a la vista si se conoce un poco la naturaleza humana, es decir, si se entiende que los distintos grupos raciales, además de diferencias físicas, también presentan diferencias espirituales, diferentes cosmovisiones y formas de ver el mundo que los rodea. Particularmente esto significa que cada raza desarrolla características de comportamiento y valores anímicos que la hacen única respecto de las otras. De todas formas, sin emitir juicios morales respecto de estas dispares conductas, sí se puede afirmar que existe una abismal diferencia entre cómo los judíos veían (y todavía ven) su paso por la vida y cómo Jesús lo veía. Todos los libros sagrados judíos (de entre los que se destaca principalmente el Talmud) están repletos de leyes y consejos para disfrutar la vida física, para dominar, para ser servidos, incluso si para ello tienen que mentir o engañar, porque los judíos no conciben otra existencia que la material. Ese materialismo es su constante obsesión, es lo que los impulsa y los motiva, porque después de la muerte se termina todo. Jesús, por otra parte, se sabe que era un rabioso anti-materialista en el sentido más puro de la palabra, y eso se encargó de aclararlo en numerosas oportunidades. *"No acumulen tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los consumen, y los ladrones perforan las paredes y los roban"*, sintetizaba perfectamente su filosofía de vida. Quiso prepararnos así a través del sacrificio para la vida eterna, y quiso liberarnos además de esa obsesión por las riquezas que nos deshace y nos despedaza como comunidad. Él era un idealista, pero lo más importante de todo es que ese idealismo se basaba en la idea de una comunidad. Teniendo en cuenta la esencia de esta nueva filosofía, y considerando además la existencia de colonias europeas en el territorio y en la época en que tuvieron lugar esos acontecimientos, puedo suponer sin temor a equivocarme que él realmente era un hombre de raza blanca y que su reforma religiosa se orientaba también a nuestra mentalidad de hombres y mujeres blancos.

¿Y José, su padre?, ¿no era judío? Para responder a estas preguntas tengo que decir que efectivamente de los textos evangélicos sí se desprende que José era judío y que descendía directamente de los patriarcas israelitas, pero esos mismos textos también nos dicen que él era el padre *adoptivo* de Jesús y que no existía una relación de sangre verdadera entre ambos. Personalmente soy de la opinión de que José tampoco era un judío y que quizás esa genealogía haya sido agregada y manipulada *a posteriori* para

intentar vincular de alguna forma a Jesús con el judaísmo y con el Viejo Testamento, es decir, con la historia de los judíos. Además, si José era verdaderamente judío, ¿por qué vivía con los galileos siendo éstos no-judíos?, ¿y por qué se dedicaba al trabajo manual siendo históricamente las principales actividades de los judíos el comercio y el intercambio? Tirando estas preguntas al aire, y dejando estas respuestas al margen, lo que realmente importa, sin embargo, es que el auténtico cristianismo se inició con Jesús y que no existe tal cosa como el llamado judeo-cristianismo, eso es un invento moderno. Recordemos que los judíos nunca lo aceptaron y nunca lo reconocieron, porque no está en la naturaleza del judío entender, y mucho menos practicar, el cristianismo. Incluso ni siquiera les corresponde hacerlo. Porque ellos esperaban a un profeta que los pusiera como gobernantes de este mundo, y él les vino a anunciar otra cosa. Jesús intentó convertirlos, pero no pudo, y en numerosas ocasiones los judíos hasta intentaron apedrearlo hasta la muerte y tuvo que salir corriendo para salvarse. Fue insistente, eso es innegable, aunque esa insistencia tocó su límite cuando les recriminó, justamente, que *"tenían por padre al demonio y querían cumplir los deseos de su padre."*

Jesús no pudo ser un judío, definitivamente no lo era, pero así como no pudo ser un judío, tampoco pudo ser un negro, un asiático o un indio americano. Por ese motivo rechazo la idea internacionalista del cristianismo y ese esfuerzo desmedido por imponerlo a la fuerza a otras razas y culturas que en su interior no tienen interés o se encuentran imposibilitados de entender su mensaje. Y todo lo que se hizo al respecto en estos últimos siglos fue, en mi opinión, un error gravísimo, puesto que cada pueblo tiene que tener el derecho de crear y mantener su propio movimiento religioso, si es que quiere, o puede, desarrollar uno. Populismo y cristianismo no van de la mano, y arrojar agua bendita para todos lados tratando de evangelizar indiscriminadamente al primero que se cruza en el camino se parece más a un acto político que a uno de fe. Tomemos por ejemplo a esos predicadores desvariados que se pasean por las sabanas africanas y que muy soberbiamente obligan a los negros hambreados a ir a misa o a rezar el rosario a cambio de un plato de comida y nos vamos cruzar con la imagen perfecta de como esa catequesis termina convirtiéndose en un roñoso acto de chantaje. Todo eso se tiene que terminar de una buena vez, y más si hay tantos hermanos blancos que hoy necesitan y merecen un sincero apoyo espiritual. Toda esa politización a la que está sujeta la jerarquía eclesiástica no va más, no es propia del cristianismo. Porque cuando Jesús dijo que le *"den al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios"*, dejó en claro que él no era un reformador político, sino más bien religioso, y que la política y la religión eran para él como el agua y el aceite. Por eso fracasaron todos los partidos *cristianos* habidos y por haber y por eso las instituciones cristianas *hoy* están experimentando ese mismo sentimiento de fracaso: los primeros porque, enfrascados en sus dogmas religiosos, no tuvieron en cuenta a muchos elementos valiosos de su comunidad; y los segundos porque parecen preocuparse más por los números que por las cualidades, como dije antes.

Ser idealistas es creer en algo superior y darlo todo por alcanzarlo, y ser paganos o cristianos no invalida nuestra lucha por la supervivencia de la raza blanca, sino que la aviva y la estimula. Ambas son expresiones propias de nuestra naturaleza, aunque en algún punto hayan tenido sus diferencias y encontronazos. Por mi parte soy cristiano pero no reniego de los que quieren creer en otros dioses, siempre y cuando esas creencias no vayan en contra de los intereses de nuestras comunidades blancas. Y es por eso que los animo a todos a hermanarnos espiritualmente y a pulir las diferencias que

pudieron habernos enfrentado en el pasado, para hacernos fuertes, para luchar y para reconquistar de una vez por todas nuestro lugar en el mundo.

5 de marzo de 2015

Entre héroes y traidores

"Si alguien parece blanco, actúa como blanco, pelea por los blancos, hasta que se pruebe lo contrario, es de nuestra gente. Por el otro lado, más allá de su apariencia o pedigrí, aquellos que se oponen, critican o no apoyan nuestra causa, no son nuestros amigos."
(David Lane)

Hoy vivimos tiempos difíciles. Me refiero a nosotros, los blancos, los que luchamos por mantener en alto nuestra herencia y nuestra cultura, pase lo que pase. Y si bien es cierto que no somos demasiados los que estamos comprometidos con la causa blanca, también es cierto que la defendemos desinteresadamente, pensando más allá de nosotros mismos, sin importar los golpes o los insultos que recibamos, sacrificándonos, sin esperar recompensas ni medallas. Despectivamente nos gritan que somos *nazis* o *fachos*, que somos intolerantes, que somos cerrados, pero en definitiva lo único que queremos es afirmarnos y sentirnos orgullosos de eso que amamos y a lo que pertenecemos, es decir, la gran familia blanca. ¿Y quién es blanco? Para mí alguien es blanco si todos sus antepasados también lo fueron, independientemente si eran españoles, portugueses, italianos, alemanes, franceses o eslavos, e incluso independientemente del lugar donde les haya tocado nacer, porque recordemos que hay muchos blancos como yo que por circunstancias de la vida nos tocó nacer fuera del territorio europeo y sin embargo también somos europeos. Para mí los papeles no importan, porque el papel no hace la herencia, pero la sangre sí. Se entiende, ¿no?

Yo y los demás identitarios blancos buscamos la autodeterminación de nuestro pueblo, que hoy en día tanto nos niegan, arruinando indiscriminadamente a nuestra gente y a nuestra cultura imponiéndonos a la fuerza y sin anestesia la censura y el multiculturalismo. Desarraigados, mezclados, confundidos, así nos quieren ver, *multiculturalizados*. Y lo más triste de todo es que en ese proceso destructivo hay otros blancos que participan activamente, o porque sacan algún beneficio económico o porque simplemente *está de moda*. Pero esos más que blancos son anti-blancos, porque en el fondo se odian a sí mismos y a los suyos. Son los mismos que se desviven por ayudar a los *pseudo-refugiados* musulmanes que buscan esclavizarnos o los que hacen colectas para mandar a una tribu de negros a los que les importamos un comino en el lugar más recóndito de la sabana africana, pero que le niegan una mano a un familiar, a un amigo o a un vecino blanco. Nosotros no somos así. Por el contrario, tenemos que evitar caer en esas superficialidades, que en definitiva no nos sirven de nada. Apariencias, correcciones políticas, ¿qué es eso? Todos nosotros como blancos tenemos la obligación de unirnos en la común defensa de nuestra sangre y de nuestras tradiciones. Nosotros no queremos destruir a otros, lo que realmente queremos es preservar lo nuestro. Yo busco lo mejor para nosotros y si por eso me critican o no soy bien visto, no me importa, porque en ese caso voy a saber que estoy en el camino correcto. Enfrente tenemos una lucha que no es apta para tibios, el que quiera acompañarme que me acompañe, porque la lucha es el único medio para asegurar nuestra supervivencia.

24 de octubre de 2015

“Hoy más que nunca tenemos que resistir y mantener en alto esos valores blancos que nos hicieron grandes, tenemos que ir en contra de la corriente de pensamiento moderno y salir a la defensa de nuestra raza blanca. Por eso yo los animo a mantenerse firmes conmigo y a luchar. Tenemos que arremeter juntos y no bajar nuestros brazos. Porque así al final viviremos.”

